XI.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras gloriás esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel dia,
Que extendió la agarena monarquía.»

XII.

«Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

. . . . . .

. . . . . .

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

. . . . . .

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al són de blanda, regalada lira.

II.

Allí, cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala
Quemada en pipa de ámbar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientra en hombros de su amado el moro
La sien reclina, de su lábio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves hondas á perderse sube.

III.

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden :
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptüosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores ;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabelle ariza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de silfas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva,
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda ;
Y deshaciendo el lazo fugitiva.
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nado tal vez entre ella vea,

Rápido el pensamiento la traspasa ;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al són süave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII

Sonrie acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

. . . . . .

. . . . . .

CUADRO DEL HAMBRE.

VIII.

. . . . . .

Mas todo en vano fué : bárbaro estrago
Miéntras el hambre en la ciudad hacia ;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía :
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confía.

Seco el pecho encontrando : ella le mira,
Y horrorizada el rostre de él rétira

IX.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

X.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion : triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes;
Cuál, mordiendo en sí mismo en ánsia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XI.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano:
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano ,
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro crée que á los demas se esconde.

XII.

Las calles en silencio sepultadas
Sólo ocupañ algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos :
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

XIII.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun dia :
Ora los aves de rapiña ahuyenta,
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja :
Los dedos hinca con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XV.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Miéntras tenaz el buitre devorante

Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hambre le aprieta á cada instante;
El ave más profundizar ansia,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.

. . . . . .
. . . . . .

FRAGMENTO SEXTO

I.

. . . . . .

Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbion se desgajaba;
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría
Del orbe la honda base extremecia.

II.

Todo era horror, y en la comun tristeza
Unico asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imágen de Jesús postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

Lejos de todo solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazon le oprime,

El noble jefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pesar doliente,
Apénas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados.
El anciano á sus piés tentidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene:
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan sólo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V.

« Noble anciano, exclamé, dura es la muer-
Cuando se acerca inevitable y lenta, [te,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes más bien el infortunio aumenta.
Mas ¿quien resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo desmayado alienta? »
Dije, y en tanto el mísero gemia,
Y con endeble voz me respondia.

VI.

« Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es le-
La causa de mis lágrimas: dichoso [ve
Tú mil veces, oh jóven, que harto breve
Será tu padecer y harto glorioso,
Por más que en ti con ímpetu se cebe
La cólera del hado rigoroso!
Tú no conoces mi dolor ¡ay triste!
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII.

« Mísero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oiré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando;
Inútil viejo de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confío,
¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brío.»

VIII.

Mi corazon de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron.
Su grave rostro del dolor marcado,
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanecia,
Pálido áun con majestad lucia.

IX.

« Teudis, le dije, el ánimo sustenta:
Alzate y viste la luciente malla,
Y él último respiro que te alienta
Esfuércese á la voz de la batalla. »
« ¡Oh jóven! respondió: dime, ¿qué intenta
Tu inextinguíble ardor? ¿Qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:
Tu voz me reanimó; parto contigo. »

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse,
Sostenido de mi marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse

Se vió la llama de su antiguo brío;
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba,

. . . . . .
. . . . . .

XI.

Entre tanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veian,
Y flaco el rostro, pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecian :
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucian :
A par del trueno el huracan bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entónces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
« ¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte :
Muramos, sí, pero con digna muerte. »

XIII.

« Si es fuerza perecer, como valientes,
Perezcamos, al pié del patrio muro ;
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes
La paz, la sumision, nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir ¿ Preferireis al trance duro,

Que á cierta gloria y á venganza guia,
Tan dilatada y mísera agonía? »

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentian,
Que áun no apagado el generoso aliento,
Ni el entusiasmo bélico tenian :
Todos al punto luégo en movimiento,
Mi voz en derredor solo atendian.
«Guiad, dijeron; á morir marchemos ·
Ansia de perecer todos tenemos.»

XV.

«Alto, dije, á la lid : la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mio:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brío;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío.»
Dije, y al punto un escuadron formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánima á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impavidos salimos :
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracan y el trueno.

XVII.

Entre las densas sombras temerosos

En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ánsia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulman llegamos:
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate,
De miedo el pecho y de esperanza late.

. . . . . .

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor, y arremetida
Fulmínase á nosotros agolpada:
En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estrallada.
Torna al asalto y dobla la pelea;
El tercio Ibero resistiendo ondea.

XIX.

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;
Cuál hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuanta,
El arma destinada al enemigo;
Este, si descargar el golpe intenta,
Por alto principio dá consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la imprevista punta.

XX.

Cuál allí solo contra mil pelea,
Y al frente y alredor hiere y maltrata;

Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebata.
Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

. . . . . .
. . . . . .